



Entrada Libre

La América desaparecida

Georges Bataille

Este artículo desconocido o poco conocido del filósofo y escritor Georges Bataille (1897-1962), que encontró Antonio Saborit en Gallica, fue publicado en el número dedicado a *L'Art Précolombien* de la revista parisina *Les Cahiers de la Républiques des Lettres, des Sciences et des Arts*, publicado en 1928. También contribuyeron al número Jean Babelon, Alfred Métraux, Paul Morand, François Poncetton, Paul Rivet, y “J.-H. Rosny”. Por entonces Bataille estaba asimilando la influencia —para él decisiva— de Marx, Nietzsche y Freud, y publicó una de sus novelas más perturbadoras y anticlericales: *L'histoire de l'oeil* (*La historia del ojo*). Se formaba su reflexión “ateológica” y su idea de una economía general marcada por un exceso esencial que debe ser gastado de una u otra forma, que expondrá en 1933 en “La notion de dépense” (“La noción de gasto”). También, el año siguiente de 1929, Bataille fundará la efímera revista *Documents*, contraria a los surrealistas, en la que vinculará sus intereses etnográficos y artísticos.

“L'Amérique disparue”, de 1928, es un texto fuerte y esencial sobre el México prehispánico: el México desaparecido. Anticipa el capítulo sobre los “Sacrificios y las guerras de los aztecas” de *La part maudite*, de 1949. Bataille se pudo documentar adecuadamente sobre los incas, los mayas y el México prehispánico gracias a su trabajo como bibliotecario en la Bibliothèque Nationale de París, que le permitió aprovechar la rica tradición americanista francesa y, de manera particular, consultar las

obras de fray Bernardino de Sahagún, fray Juan de Torquemada y William H. Prescott. Aunque pudo utilizar las traducciones francesas del siglo XIX, Bataille podía leer en español, gracias a su estancia de estudios en Madrid a partir de 1922, cuando trabajó en la *École des Hautes Études Hispaniques*, la actual Casa Velázquez, y presencié la terrible muerte del torero Manuel Granero, que lo marcó de manera definitiva en su gusto por el sacrificio y el erotismo. Nota y traducción de Rodrigo Martínez Baracs.

LA VIDA DE LOS PUEBLOS CIVILIZADOS de América antes de Cristóbal Colón no sólo es prodigiosa para nosotros debido a su descubrimiento y desaparición instantáneos, sino también porque sin duda nunca excentricidad más sangrienta fue concebida por la demencia humana: ¡crímenes continuos cometidos bajo el sol para la sola satisfacción de pesadillas deificadas, visiones terroríficas! Comidas caníbales de los sacerdotes, ceremonias con cadáveres y arroyos de sangre, más que una aventura histórica recuerdan los desenfrenos descritos por el ilustre marqués de Sade.

Es cierto que esta observación se refiere sobre todo a México. El Perú representa tal vez un espejismo singular, una incandescencia de oro solar, un resplandor, una riqueza turbadora: la realidad no corresponde a esta sugestión. La capital del imperio incaico, el Cuzco, estaba situada en una altiplanicie, al pie de una suerte de acrópolis fortificado. Esta ciudad tenía un carácter de grandeza pesada y masiva. Altas casas construidas en cuadrados con rocas enormes, sin ventanas exteriores, sin adornos y techadas con paja, daban a las calles un aspecto medio sórdido y triste. Los templos que dominaban a los techos eran de una arquitectura igualmente desnuda: sólo el frontispicio estaba enteramente recubierto por una placa de oro repujado. A este oro deben agregarse las telas de colores brillantes con las que los personajes ricos y elegantes se cubrían, pero nada era suficiente para disipar una impresión de salvajería mediocre y sobre todo de uniformidad embrutecedora.

El Cuzco era, en efecto, la sede de uno de los Estados más administrados y regulares que los hombres hayan formado. Después de conquistas militares importantes, debidas a la organización meticulosa de un ejército inmenso, el poder del Inca se extendía sobre una región considerable de América del Sur,



Ecuador, Perú, Bolivia, el norte de Argentina y de Chile. En este dominio abierto por rutas, un pueblo entero obedecía las órdenes de los funcionarios como se obedece las de los oficiales en los cuarteles. El trabajo era repartido, los matrimonios eran decididos por los funcionarios. La tierra y las cosechas pertenecían al Estado. Los regocijos eran fiestas religiosas del Estado. Todo se encontraba previsto en una existencia sin aire. Esta organización no debe confundirse con la del comunismo actual, del que difería esencialmente porque descansaba sobre la herencia y la jerarquía de las clases.

En estas condiciones, no debe extrañar que haya relativamente pocos rasgos brillantes que reportar sobre la civilización incaica. Aun los horrores son poco sorprendentes en el Cuzco. Se ahorcaba con cuerdas a unas pocas víctimas en los templos, el del Sol por ejemplo, cuya estatua de oro macizo, fundido tras la conquista, conserva pese a todo un prestigio mágico. Las artes, aunque bastante brillantes, no presentan, sin embargo, más que un interés de segundo orden: las telas, las vasijas en forma de cabezas humanas o de animales, son notables. Pero en otros lugares debe buscarse una producción verdaderamente digna de interés. En Tiahuanaco, en el norte de Bolivia, la famosa puerta del Sol rinde testimonio ya de una arquitectura y de un arte prestigioso que deben atribuirse a una época muy lejana. Piezas de cerámica, diversos fragmentos se vinculan por el estilo a esta puerta milenaria. Finalmente, en la época misma de los incas, los pueblos de la costa, de civilización más antigua, son los autores de los objetos más curiosos.

Colombia, Ecuador, Panamá, las Antillas presentaban igualmente en la época de la conquista civilizaciones muy desarrolladas cuyo arte nos sorprende hoy. De hecho, a los pueblos de esas regiones debe atribuirse una parte importante de las estatuillas fantásticas, de las caras de ensoñación que sitúan al arte precolombino en las preocupaciones actuales.

Sin embargo, debe precisarse inmediatamente que nada en la América desaparecida puede, según nosotros, igualarse a México, región en la cual deben, por lo demás, distinguirse dos civilizaciones muy diferentes, la de los maya-quiché y la de los mexicanos propiamente dichos.

La civilización de los maya-quiché es considerada en general la más brillante e interesante de todas las de la América desaparecida. En efecto, son probablemente sus producciones las que se acercan más a las que los arqueólogos tienen la costumbre de considerar notables.

La civilización de los maya-quiché es considerada en general la más brillante e interesante de todas las de la América desaparecida.



Se desarrolló, en una época anterior por algunos siglos a la conquista española, en la región oriental de la América central, en el sur del México actual, exactamente en la península de Yucatán. Estaba en plena decadencia cuando llegaron los españoles.

El arte maya es ciertamente más humano que ningún otro en América. Aunque ciertamente no haya habido influencia, es difícil no aproximarlo a los artes contemporáneos de Extremo Oriente, del arte khmer por ejemplo, con el que comparte el carácter de vegetación pesada y lujuriente: el uno y el otro se desarrollaron por lo demás bajo un cielo de plomo en países demasiado calientes y malsanos. Los bajorrelieves mayas representan a dioses con forma humana, pero pesada y monstruosa, muy estilizada, sobre todo muy uniforme. Se les puede mirar como decorativos. Formaban parte, efectivamente, de conjuntos arquitectónicos bastante prestigiosos, que fueron los primeros que permitieron poner en rivalidad a las civilizaciones de América con las grandes civilizaciones clásicas. En Chichén-Itzá, en Uxmal, en Palenque, se descubren todavía las ruinas de templos y de palacios imponentes y a veces ricamente trabajados. Se conocen, por lo demás, los mitos religiosos y la organización social de estos pueblos. Su desarrollo ciertamente tuvo una gran influencia y determinó en gran parte la civilización posterior de la altiplanicie, pero su arte tiene algo de nacido muerto, de chatamente horrible pese a la perfección y a la riqueza del trabajo.

Si se quiere el aire y la violencia, la poesía y el humor, solamente se les encontrará entre los pueblos del México central que lograron un alto grado de civilización poco antes de la conquista, esto es, en el curso del siglo xv.

Sin duda los mexicanos que encontró Cortés no eran más que bárbaros recientemente cultivados. Venidos del norte, en donde llevaban la vida errante de los pieles rojas, ni siquiera asimilaron de manera brillante lo que tomaron de sus predecesores. Así, su sistema de escritura análoga a la de los mayas es, sin embargo, inferior a ella. Poco importa: entre los diversos indios de América, el pueblo azteca, cuya muy poderosa confederación se apropió de casi todo el México actual en el curso del siglo xv, no deja de ser el más vivo, el más seductor, aun por su violencia demente, por su andadura de sonámbulo.

En general, los historiadores que se ocuparon de México quedaron hasta cierto punto anonadados por la incompreensión. Si se toma en cuenta, por ejemplo, la manera literalmente extravagante de representar a los dioses, las explicaciones desconciertan por su debilidad.



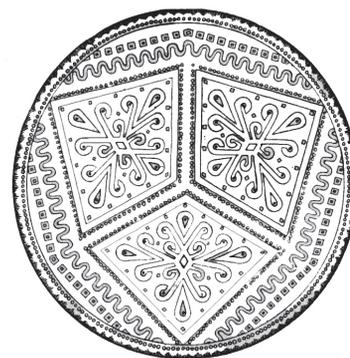
Cuando se mira un manuscrito mexicano, dice Prescott, sorprende ver en él las caricaturas más grotescas del cuerpo humano, cabezas monstruosas, enormes, sobre pequeños cuerpos achaparrados, deformes, cuyos contornos son tiesos, angulosos; pero, si se les mira más de cerca, se vuelve claro que es menos un esfuerzo torpe por representar la naturaleza que un símbolo de convención para expresar la idea de la manera más clara, más contundente. Así es como las piezas del mismo valor en un juego de ajedrez corresponden entre sí por la forma, pero ofrecen normalmente poco parecido con los objetos que supuestamente representan.

Esta interpretación de las deformaciones horribles o grotescas que perturbaron a Prescott nos parece hoy insuficiente. Sin embargo, si nos remontamos a la época de la conquista española, se encontrará sobre este punto una explicación verdaderamente digna de interés. El fraile Torquemada atribuye los horrores del arte mexicano al demonio que obsesionaba el espíritu de los indios: “Las figuras de sus dioses, dice, eran semejantes a las de sus almas por el pecado en el que vivían sin fin”.

Un acercamiento se impone evidentemente entre la manera de representar a los diablos de los cristianos y a los dioses de los mexicanos.

Los mexicanos eran probablemente tan religiosos como los españoles, pero mezclaban con la religión un sentimiento de horror, de terror, aliado a una suerte de humor aún más espantoso que el horror. La mayoría de sus dioses son feroces o extrañamente maléficos. Tezcatlipoca parece tomar un placer inexplicable en ciertas “supercherías”. Sus aventuras registradas por el cronista español Sahagún forman una curiosa contrapartida de la Leyenda dorada. A la miel cristiana se opone la sábila azteca, a la curación de los enfermos, sinietras burlas. Tezcatlipoca se pasea en medio de las multitudes jugueteando y bailando con un tambor: la gente baila en desorden y se empuja absurdamente hacia abismos en los que los cuerpos se aplastan y se vuelven rocas. Otro “embuste” del dios nigromántico lo registra Sahagún así: “Llovió sobre ellos piedras, y después de pasado esto cayóles del cielo una piedra grande que se llamaba *téchcatl*. Y desde entonces andaba una vieja india en un lugar que se llama Chapultépec Cuitlapilco, o otro nombre Huetzinco, vendiendo unas banderillas de papel, diciendo: ‘¡Ah, las banderas!’ Quien se determinaba a morir, luego decía: ‘Compradme una banderilla.’ Y siéndole mercada la banderilla, luego se iba a donde estaba la dicha piedra *téchcatl*, y allí le mataban. Y no había quien dixese: ‘¿Qué es esto que nos acontece?’ Y estaban como locos.”

Torquemada atribuye los horrores del arte mexicano al demonio que obsesionaba el espíritu de los indios: “Las figuras de sus dioses, dice, eran semejantes a las de sus almas por el pecado en el que vivían sin fin”.



México no era solamente el más chorreante de los mataderos de hombres, también era una ciudad rica, verdadera Venecia con canales y pasarelas, templos decorados y sobre todo muy bellos jardines de flores.

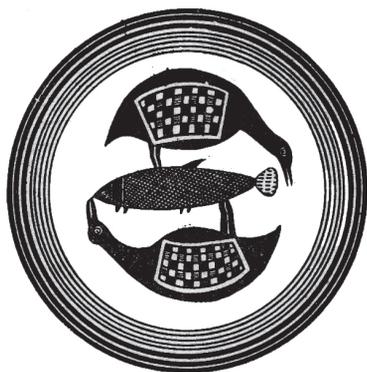
Parece bastante evidente que los mexicanos le tomaban un placer dudoso a este género de mistificación. Y aun es probable que estas catástrofes de pesadillas les hacían reír de una cierta manera. Nos vemos así conducidos a comprender directamente alucinaciones tan delirantes como los dioses de los manuscritos. *Croquemitaine* y *Croquemort* [el coco y el enterrador] son palabras que se asocian con estos personajes violentos, siniestros graciosos de mal género, llenos de humor maléfico, como ese dios Quetzalcóatl que se desliza desde lo alto de las montañas sentado sobre una pequeña tabla...

Los demonios esculpidos en las iglesias de Europa les serían totalmente comparables (participan sin duda de la misma obsesión esencial) si también tuvieran el carácter de poderío, de grandeza de los fantasmas aztecas, los más sangrientos de todos los que han poblado las nubes terrestres.

Sangrientos al pie de la letra, como cada quien lo sabe. Ninguno de ellos no ha sido salpicado periódicamente con la sangre humana en su fiesta. Las cifras citadas varían; sin embargo, puede admitirse que el número de víctimas anuales llegaba cuando menos a varios miles sólo en la ciudad de México. El sacerdote hacía sostener a un hombre con el vientre al aire, la espalda doblada sobre una suerte de gran mojón y le abría el tronco golpeándolo violentamente con un cuchillo de piedra brillante. Una vez rotos los huesos, el corazón era cogido y arrancado violentamente con una habilidad y una prontitud tales que esta masa sangrienta continuaba palpitando orgánicamente durante algunos segundos encima de la brasa roja: enseguida el cadáver tirado rodaba pesadamente hasta debajo de una escalera. Finalmente, por la tarde, todos los cadáveres eran despellejados, despedazados y cocidos, los sacerdotes venían a comérselos.

Por lo demás, éstos no se contentaban siempre con inundarse de sangre, inundar los muros del templo, los ídolos, las flores brillantes que llenaban el altar: en ciertos sacrificios que incluían despellejar inmediatamente al hombre golpeado, el sacerdote exaltado se cubría la cara con la piel sangrienta de la cara y el cuerpo con la del cuerpo. Así ataviado con este traje increíble, le rezaba a su dios con delirio.

Pero aquí es el lugar para precisar con insistencia el carácter sorprendentemente feliz de estos horrores. México no era solamente el más chorreante de los mataderos de hombres, también era una ciudad rica, verdadera Venecia con canales y pasarelas, templos decorados y sobre todo muy bellos jardines de flores. Aun sobre las aguas se cultivaban flores con pasión. Con ellas se adornaban los altares. Antes de los sacrificios, se hacía bailar a las víctimas “con collares y guir-



naldas de flores. También tenían rodelas de flores y cañas perfumadas que fumaban y olían”.

Puede uno imaginar fácilmente los enjambres de moscas que debían arremolinarse en la sala del sacrificio cuando la sangre chorreaba. Mirbeau, que los soñaba ya para su *Jardin des suppliques*, escribía que “en este ambiente de flores y perfumes esto no era repugnante ni terrible”.

La muerte, para los aztecas, no era nada. Les pedían a sus dioses no solamente hacerles recibir la muerte con alegría, sino también que les ayudaran a encontrar en ella encanto y dulzura. Querían mirar las espadas y las flechas como golosinas. Esos guerreros feroces no eran sin embargo más que hombres afables y sociales como todos los demás, a los que les gustaba reunirse para beber y platicar. Era de uso común en los banquetes aztecas embriagarse con alguno de los diversos estupefacientes que usaban corrientemente.

Parece que hubo en este pueblo de extraordinaria valentía un gusto excesivo por la muerte. Se entregó a los españoles con una suerte de locura hipnótica. La victoria de Cortés no se debió a la fuerza, sino más bien a un verdadero embrujamiento. Como si estas gentes hubieran comprendido vagamente que llegados a este grado de feliz violencia la única salida era, para ellos como para las víctimas con las cuales apaciguaban a los dioses retozones, una muerte súbita y terrible.

Ellos mismos quisieron hasta el final servir de “espectáculo” y de “teatro” a esos personajes caprichosos, “servir a su risa”, a su “diversión”. Así, en efecto, concebían su extraña agitación. Extraña y precaria, puesto que murieron tan bruscamente como un insecto que uno aplasta.

La causa de la democracia post-soviética

Neil Buckley

Neil Buckley realizó estudios de letras rusas y francesas en el University College de la Universidad de Oxford. Trabaja desde 1991 en el *Financial Times*, en donde se ha hecho cargo de muy diversas secciones y tareas, entre ellas la de titular de la oficina

